Varia

Del olvido y el amor-amor

ME EMBARQUÉ en este ensayo ilusionado con haber encontrado una nueva clave para entender la novela *Para antes del olvido*, de Tomás González. Todavía creo que es cierto (aunque pueda resultar nueva solo para mí), pero no contaba con que tendría que lidiar con la larga sombra de García Márquez. No me quejo –pobre de González, porque a él le tocó hacerlo primero–.

De haber sido más joven, o haber tenido una memoria mejor dotada, me habría dado cuenta, desde que empecé a leer recientemente *Para antes del olvido* (publicada en 1987), de las semejanzas que tiene con *El amor en los tiempos del cólera* (publicada en 1985). Claro que muchas de ellas se deben simplemente a que las historias tratan los mismos temas, más o menos en la misma época. Pero son tantas las similitudes que dudo de que sean casuales. Es más, me atrevo a decir que *Para antes del olvido* es, en parte, una respuesta a *El amor en los tiempos del cólera*. Digo "en parte" porque la novela de González se basa en la historia de su abuelo y confío en que, a grandes rasgos, sea fiel a esa historia (la novela de García Márquez, por supuesto, está inspirada en la vida de sus padres).

Los dos libros son meditaciones líricas sobre el amor, la vejez, la muerte y la palabra escrita, que estriban en una relación apasionada, pero casta, de juventud. *Para antes del olvido* comienza con el recuerdo de Josefina, ya vieja, en 1977, de los tres sauces altos "casi mecidos por la luz del sol (porque viento no había)" (p. 15), bajo cuya sombra Alfonso la besó en 1913, en Envigado, antes de que él emprendiera un viaje a la capital. *El amor en los tiempos del cólera* comienza con el olor a almendras amargas que el doctor Juvenal Urbino percibe cuando llega, en su condición de médico, al cuarto donde se suicidó su amigo, el fotógrafo Jeremiah de Saint-Amour (un apellido poco casual, por supuesto). El doctor Juvenal Urbino siempre habría de asociar ese olor con "el destino de los amores contrariados" (p. 9), porque es el aroma del cianuro de oro con el que se mató su amigo por negarse a envejecer más allá de los sesenta años, dejando viuda a una amante cuya existencia todos desconocían. En *Para antes del olvido* también ocurre un suicidio, y las diferencias en el tratamiento del tema, por parte de los autores, son dicientes (volveré a ello más adelante).

De joven, el protagonista principal de *El amor en los tiempos del cólera*, Florentino Ariza, se enamora de una muchacha, Fermina Daza, y la persigue con un despliegue de romanticismos que, por más estrafalarios, no dejan de ser propios de la época. Aunque González no retrata con tanta exageración a Alfonso, el homólogo de Florentino en *Para antes del olvido*, es cierto que los dos personajes comparten un alma romántica y la propensión a expresar sus sentimientos con una poesía florida aún en boga en las primeras décadas del siglo XX.

Cuando Fermina rompe con Florentino, este la pasa tan mal que su madre, Tránsito Ariza, le ruega a León XII Loayza, el hermano del difunto padre de Florentino Ariza, que ayude al joven. León XII, quien había fundado con su hermano la Compañía Fluvial del Caribe, le consigue al sobrino un puesto de telegrafista en Villa de Leyva. El tío embarca a Florentino en un viaje en buque hasta Honda, desde donde subiría al altiplano cundiboyacense. En el transcurso del viaje, una mujer cuyo rostro no logra ver, y cuya identidad no puede establecer, lo seduce y lo inicia en el amor carnal.

Alfonso también emprende un viaje por río, pero a Bogotá, a buscar su fortuna. A diferencia de Florentino, no huye de una decepción amorosa, pues el plan es que su amada Josefina lo espere hasta que él regrese. Durante el viaje en buque, una mujer mayor lo seduce. Aunque la relación de Alfonso con la mujer tiene la misma duración del viaje, mientras que lo de Florentino fue puntual, en ninguno de los dos casos los hombres se dejan desviar de su meta afectiva: casarse con la amada idealizada, que se queda en el pueblo natal. En resumen, para ambos su gran pasión sigue intacta (en el caso de Florentino, a pesar de no ser correspondida).

Ese primer viaje es consecuente tanto para Alfonso como para Florentino. El primero, ávido de mundo y armado con cartas de referencia, en la capital busca almas hermanas y oportunidades de salir adelante. Su viaje lo inicia en algo más que el amor carnal: se adentra en la vida intelectual de la ciudad, persigue empleo y becas –bueno, también muchachas–. Es una educación sentimental más amplia que la de Florentino en su tímida incursión hacia la sede del poder y la cultura del país (regresa a su ciudad sin cumplir el propósito de llegar a Villa de Leyva). Aunque la lección principal que extrae Florentino de su viaje es más estrecha, no resulta menos importante: cae en cuenta de que el amor carnal no le quita su gran amor por Fermina. Es un descubrimiento que lo marca profundamente, pues de ahí en adelante se dedicará a perseguir parejas sexuales, tanto como a acechar sigilosa y ferozmente a Fermina.

Más de medio siglo después, Florentino lleva a cabo un segundo viaje en buque fluvial, en compañía de Fermina, después de la muerte del doctor Juvenal Urbino, el esposo de esta. El corazón de la novela es el cómo y el por qué Fermina acepta la invitación de Florentino, y consiente su amor después de haberlo repudiado durante años. Con el paso de los años, Florentino ha cambiado –y su forma de expresarse también–. Abandona la rimbombancia que de joven empleaba en sus cartas a Fermina. Su nuevo estilo de acercarse a ella a través de la palabra es más medido, más al grano y más sustancial, pues va compartiendo lo que ha aprendido acerca de la vida, el amor, la vejez y la muerte. No es el fervor de sus palabras de amor, sino la sabiduría compartida, lo que lo acerca al corazón de Fermina.

Alfonso también hace un segundo viaje a Bogotá. Aunque solo han pasado dos años desde su primer recorrido, mucho ha acontecido: se hizo amigo de varios poetas en la capital, consiguió un empleo, se enamoró de una muchacha, obtuvo una beca para estudiar en Europa, pasó más de un año en Bélgica y Londres durante los días más cruentos de la Gran Guerra, tuvo amores con una belga y una francesa.

Cuando vuelve a Envigado, se reencuentra con Josefina y los dos reiteran su intención de casarse. Alfonso se marcha otra vez para Bogotá y a los quince días le escribe a Josefina para contarle que acaba de casarse con otra mujer.

Aunque las dos novelas no son epistolares en el sentido estricto, es indiscutible que las cartas, y la palabra escrita en general, son claves en el transcurrir de sus tramas, como hemos visto. No creo que sea casualidad que el buque en que Alfonso hace su primer viaje a Bogotá se llame Eloísa, una clara referencia a la tragedia –un amor contrariado– de Heloise y Abelard, y al papel de las cartas en la misma. (Cuando Alfonso viaja a Europa en 1914, lo hace en el buque Leonora, quizá una alusión a Leonore, la amada muerta cuya pérdida Edgar Allan Poe lamenta en su poema "El cuervo". Por casualidad –o de pronto no–, Alfonso conoce en el barco a una muchacha que se llama Leonor.)

Como Florentino, pero más joven, Alfonso abandona su gusto por escribir cartas de alto romanticismo. En el caso de este, el proceso comienza cuando llega a Europa, y sus cartas, igual que las de Florentino de viejo, son de un lenguaje más directo y más ceñidas a la realidad. El narrador de *Para antes del olvido* las compara con el periodismo; el narrador de *El amor en los tiempos del cólera* compara las de Florentino con cartas comerciales. Dicho sea de paso, si los dos hombres cambian sus estilos de escritura –y, se entiende, de abordar la vida– a causa de sus experiencias, es posible también que el intento de los autores de las novelas sea mostrar cómo Alfonso y Florentino van asimilándo los nuevos tiempos que marcan (con cronologías distintas, por supuesto) el paso de una sociedad más sosegada y menos instrumentalista a una más netamente capitalista.

A pesar de todas las similitudes entre las dos novelas, *Para antes del olvido* difiere de *El amor en los tiempos del cólera* en dos aspectos fundamentales: su posición ante el romanticismo y su actitud ante el pasado.

Contemplen sus respectivas carátulas. Claro que no se puede juzgar un libro por su portada y, de todos modos, los autores por lo regular no son quienes escogen el diseño de las portadas. Pero resulta impresionante compararlas. La edición que tengo de *El amor en los tiempo del cólera*, de 1985, en la Oveja Negra, lleva un solo elemento pictórico: un buque fluvial delineado en negro sobre el fondo amarillo de la carátula. Mi edición de *Para antes del olvido*, revisada por el autor, es de 2014: superpuesto a un mapa antiguo del territorio entre Medellín y Bogotá, justo debajo del título y el nombre del autor, navega el dibujo de un buque fluvial en tinta blanca sobre fondo negro –casi la imagen en negativo de aquella de *El amor en los tiempos del cólera*–. La obra de González es, como veremos, en esos dos aspectos señalados, una negación de la de García Márquez.

El escritor cataqueño nunca abandona el romanticismo. El amor de Florentino no logra ser correspondido por Fermina sino hasta padecer medio siglo de añoranzas. Pero no es un desierto desprovisto de amor aquel en el que mora Florentino. Al contrario, cuenta más de seiscientos amores desde que se enamoró de Fermina hasta que ella acepta su amor. Y García Márquez se esmera en describir con detalle varios de ellos, algunos con años de duración. No usa palabras menores como "amorío", "aventura", "polvo" o "sexo", sino "amor". Si Florentino sufre por no tener a Fermina, no es por falta de amor y sexo en general. A veces parece que las tristes consecuencias del rechazo de ella son opacadas por las elaboradas descripciones de sus conquistas amorosas.

El final de la novela es sumamente romántico. Tras la muerte del doctor Juvenal Urbino, con paciente labor (incluso con las ya mencionadas cartas), Florentino convence a Fermina para que viaje con él por el río Magdalena. Cuando llegan a La Dorada, Fermina queda horrorizada porque allí van a subirse al buque, rumbo a su ciudad caribe, unos conocidos suyos que pasaron una temporada en la capital. Teme que vayan a criticarla por estar viajando y disfrutando de la vida tan poco después de quedarse viuda. Para salir del paso, Florentino (que a esas alturas ocupa el puesto de gerente de la Compañía Fluvial del Caribe) ordena al capitán declarar que el buque lleva pasajeros enfermos de cólera y que por lo tanto no se pueden admitir nuevos pasajeros a bordo. Sorteada de esta manera la situación, vuelven felizmente a la ciudad donde embarcaron pero, al llegar, Florentino y Fermina se dan cuenta de que no quieren desembarcar: "Va a ser como morirse", dice ella, refiriéndose a reanudar sus vidas allá. Entonces él le ordena al capitán que vuelva otra vez río arriba. El capitán (que ya tiene su propia mujer a bordo) le pregunta a Florentino Ariza: "¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo?". Florentino le contesta: "Toda la vida", y con esa frase lapidaria García Márquez clausura el libro. Todas las responsabilidades de la vida normal se suspenden mientras el amor toma su curso (y que valga el juego de palabras). Es difícil concebir un gesto más romántico.

Si parece que Florentino no sufrió tanto, todos esos años, sin tener a Fermina, tampoco sufrió ella sin el amor de él. Se casó con el doctor Juvenal Urbino y, si bien tuvieron sus contratiempos –los cuales retrata García Márquez con perspicacia, compasión y humor–, cuando él se muere, puede decirse que ella lo amaba, a pesar de todo y sin ofender a la verdad. Es cierto que nunca estuvo del todo cómoda con el ascenso social que implicó su matrimonio con el doctor Juvenal Urbino, ni con las restricciones que ese medio social, y por ende su propio esposo, le impusieron, pero logró ser feliz.

Lo romántico no triunfa en *Para antes del olvido*. Al contrario, a pesar de sus declaraciones de amor a Josefina y sus planes de casarse con ella, de golpe y sin aviso Alfonso se casa con otra mujer. Como consecuencia, la vida de Josefina se desmorona. No solo sufre un desengaño amoroso, sino que ese amor era la vía principal para salir de la vida infeliz que lleva en casa, pues su madre no la quiere. Como para echarle sal a la herida, la señora se niega a pagar los estudios de Josefina, truncando el único camino que le queda para salir de su triste situación. No tiene nada que le amortigüe esos dos choques. No sorprende pues que la Josefina que encontramos al final de su vida sea una mujer decrépita y senil: su memoria del pasado es incierta y tiene un asidero tenue también con respecto a lo que pasa en el presente. La vejez, en vez de ser un lugar de sabiduría y amor, es depositaria de la tristeza y el olvido. En cambio, el refrán que dice "genio y figura hasta la sepultura" parece hecho a la medida de una Fermina Daza en su viudez:

goza de buena salud, belleza física, mente aguda y el carácter de siempre.

Lo que sucede en *El amor en los tiempos del cólera* después de las primeras páginas se puede leer como un repudio a la gerontofobia de Jeremiah de Saint-Amour: la vida después de los 60 sí vale la pena vivirla. (Supongo que para García Márquez, quien tenía 57 años cuando se publicó la novela, el asunto era personal. Conste que yo tengo 62, pero no me siento aludido.) Para Josefina, todo cuanto ocurre después de ese beso entre los sauces, y sobre todo su vejez, es amargura. En cuanto a Alfonso, no lo sabemos. Y he ahí una diferencia clave entre las dos novelas, la cual nos llevará a considerar la interpretación novedosa que les prometí al comienzo de este ensayo.

Cada cabeza es un mundo, y el narrador de *El amor en los tiempos del cólera* se mete en la cabeza de todos los personajes. Los lectores vemos el mundo desde el punto de vista de los tres personajes principales, por supuesto, pero también de muchos de los personajes secundarios. El autor lo hace magistralmente, cambiando puntos de vista con sutileza y sin causar sobresaltos en el lector. Al mismo tiempo, García Márquez no resiste la tentación de valerse de esta estratagema para esclarecerlo todo, presentándonos un relato en el que la historia queda redondeada y los cabos sueltos se atan o, como por obra de prestidigitación, se esfuman.

En cambio, González construye su novela para imposibilitar un conocimiento completo de los hechos, pensamientos y sentimientos de los personajes. Con escasas excepciones, los breves capítulos que la componen alternan, por un lado, los hechos en la vida de Alfonso y Josefina entre los años 1913 y 1915, y por otro, los hechos en la vida de Josefina y en la de León, abogado desocupado y nieto de Alfonso, en el Envigado de 1977. León está escribiendo un libro sobre los dos amantes. Pero la materia prima de lo narrado en los capítulos de principios del siglo XX consiste principalmente en las cartas y diarios escritos por Alfonso. En los capítulos correspondientes a 1977, vemos a León intentando llenar los huecos en el registro escrito (y son muchos) con entrevistas a Josefina, pero las más de las veces ella no recuerda los episodios sobre los que León quiere que se explaye, y no aporta mayor cosa. Así que el abogado llega a momentos cruciales de la historia de Alfonso y no tiene cómo saber qué pasó, porque este no escribió nada al respecto, o porque escribió poco, o porque las cartas que le mandó a Josefina están extraviadas, o porque, en una ocasión, se le quemó accidentalmente su diario.

La imposibilidad de captar el pasado agobia a León. Una noche, ya bien entrado en su fracasada labor de resucitar el pasado, León se emborracha con su hermano Javier y se encuentra "cada vez más propenso a hablar de asuntos en los que estaba latente la tristeza por la implacable erosión del pasado. De un momento a otro se oyó hablando de la imposibilidad de recuperar los hechos idos" (p. 223). El pasado es un rompecabezas siempre incompleto.

El mundo de *El amor en los tiempos del cólera*, con su narrador omnisciente, no admite semejantes limitaciones. Incluso, el alcance del narrador ahí es consistente con la posición de la novela frente al amor. García Márquez, en la escena final ya descrita, nos revela que el capitán "miró a Florentino Ariza, su dominio invencible, su amor impávido, y lo asustó la sospecha tardía de que es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites" (p. 473). García Márquez nos ha entregado una novela en la que el pasado de los personajes, e incluso el de la sociedad caribe en la que estos se desenvuelven, son claramente legibles, sin lagunas ni empañamientos.

Aquí resulta útil volver al suicidio de Jeremiah Saint-Amour. Su función es poner de relieve el argumento sobre la vejez. Lejos de ser un terreno yermo, la vejez en *El amor en los tiempos del cólera* es un jardín de posibilidades, sabiduría, amor y vida. Aunque es verdad que cierta melancolía y nobleza están presentes, el autor evidentemente quiere que el lector entienda el suicidio como un gesto totalmente equivocado. Y por eso la escena no tiene ni una pizca de realidad. El doctor Juvenal Urbino encuentra el cadáver de su amigo tendido bajo una manta en el catre de su cuarto. Parece que simplemente se acostó allí a esperar la muerte y esta llegó tranquilamente: no había señales visibles de que hubiera sufrido ni luchado mientras respiró el aire envenenado hasta asfixiarse.

Alfonso también encuentra el cadáver de un amigo que se ha suicidado. Martín Del Castillo es un poeta con el que Alfonso traba amistad en su primer viaje a Bogotá. Como García Márquez, González (también poeta), se burla cariñosamente de los poetas románticos de la época, deleitándose en bajarlos de sus pedestales, que muchas veces ellos mismos se habían construido (uno de mis pasajes favoritos es la afirmación de Alfonso según la cual los poetas en Bogotá "salían como cucarachas, de todas las rendijas", p. 99). Igual que los personajes de *El amor en los tiempos del cólera* siempre figuran con nombre de pila y apellido, Del Castillo es siempre "el poeta Del Castillo" –hasta que León descubre, a través de los escritos de Alfonso, que en realidad es un caldense de nombre Zenón Bedoya–. El pobre poeta Del Castillo no nació para la felicidad, y anda hablando tanto de suicidarse que Alfonso presencia en un café la cómica escena de un joven que se acerca a Del Castillo y le dice: "Y para cuándo tenemos el suicidio, ala" (p. 76).

La verdadera historia –en la novela– del poeta Del Castillo/Zenón Bedoya es tristísima. Efectivamente, el hombre se envenena. Se puso un frac, colocó en la mesa de noche un ramo de claveles al lado de una copa de cristal con el veneno, dejó una nota en lenguaje grandilocuente del porqué y el significado de su suicidio, tomó el veneno y se acostó en la cama. Pero todos los elaborados preparativos que hizo con la evidente intención de que su muerte estuviera cargada de una triste melancolía y de nobles sentimientos se van a pique frente al hecho brutal del morir. "Y la muerte le llegó, pero no melancólica y dulce como él lo había esperado, sino como una ráfaga de fuego que le devoró sus intestinos" (p. 173). Todo el escenario cuidadosamente montado quedó patas arriba a causa de los dolores y los desesperados intentos que hizo el poeta Del Castillo para seguir viviendo.

Aprende Alfonso una lección muy dura:

> Supo entonces que todas las palabras son inútiles, que la muerte es solo eso y no admite metáforas, no tiene en su instante belleza alguna ni otro consuelo distinto de su fugacidad, calidad que comparte con el amor y con la vida misma. (p. 176)

Para antes del olvido frustra –deliberadamente, diría yo– las expectativas narrativas convencionales: la acción no crece hasta llegar a un clímax para luego bajar y desembocar en un desenlace que ata cabos. El narrador nos da una pista clara de lo que nos espera cuando afirma varias veces que León es reacio a la idea de que exista un orden en el universo, de que las cosas pasen por alguna razón, o de que se les pueda otorgar una que concuerde con algún diseño ideológico o filosófico.

Este hecho no solo tiene que ver con la predisposición de León, sino con otro punto que el autor quiere anotar: que el pasado es, en gran medida, irrecuperable. Creo que su propósito es negar el pasado como un refugio para los problemas del presente. Al hacerlo, le niega el papel como semilla de la cual brotará un mejor futuro, tendencia que en el marxismo se ve quizá más claramente que en cualquier otra filosofía moderna. García Márquez, por supuesto, comulgaba con el proyecto marxista, al ser el más célebre partidario del régimen cubano.

Hay que ver este orden de ideas en su contexto histórico. Y he ahí mi gran descubrimiento, aunque para algunos sea el del agua tibia. Ante la brutal e infructuosa guerra librada por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y otros grupos guerrilleros, muchos jóvenes de izquierda, a finales de los años setenta y ochenta, ya no creían en el marxismo y buscaban una alternativa. En particular, rechazaban la teleología marxista que, al igual que toda ideología, pretendía dar una explicación totalizante de la realidad social. Encontraron esa alternativa en las ideas de varios pensadores continentales, sobre todo en la obra de Michel Foucault. El mágnum opus de Foucault, *Vigilar y castigar*, salió en español en 1976; cuando González escribía *Para antes del olvido*, Foucault era ya lectura obligada en los medios de la izquierda no comprometida con el marxismo.

En vez de ver en el poder una fuerza puramente represiva (como lo hacía el marxismo común y silvestre de la época), Foucault lo consideraba una fuerza que se insinuaba en los pensamientos, sentimientos y acciones de la gente. El sistema del poder creaba sujetos obedientes porque lograba que ellos mismos interiorizaran las normas sociales que los mantenían, en efecto, *sujetos*. Para el filósofo francés, la técnica más emblemática de esto era el panóptico, una clase de prisión cuya arquitectura hace que los prisioneros se sepan potencialmente vigilados en todo momento, sin saber a ciencia cierta en cuál.

Es significativo, pues, que cuando Alfonso se encuentra por primera vez con el poeta Del Castillo en Bogotá, este lo invite a visitar la prisión conocida como "el Panóptico". Ante la "lúgubre" estructura, los dos callan. Después de un rato, el poeta Del Castillo dice: "A veces me parece escuchar el crujir de dientes y el chirriar de cadenas de tantos infelices" (p. 77). En ese momento, una nube plomiza tapa el sol y caen unas gotas de lluvia, pero luego "se corrió, desató la luz de nuevo y se alejó, deshaciéndose poco a poco sobre el fértil manto de la Sabana" (p. 78). Esta escena equívoca me hace pensar que de pronto González no podía decidir si esta nueva modalidad de ejercer el poder era o no un avance. El saber no nos hará libres, habría dicho Foucault (y quizá sí lo dijo). De hecho, sus ideas no se prestaban para sustentar movimientos políticos que ofrecieran una alternativa al marxismo. Quizá, dada la desolación causada por la violencia del Estado, la guerrilla y los narcos, había gente que sentía esa falta de dirección política como un alivio.

En todo caso, León se compromete férreamente con la idea de que el pasado pasó y no se puede recuperar. Hasta la misma búsqueda del pasado, en últimas, le parece una quijotada. Al final de sus investigaciones, al terminar una labor que rinde más de mil páginas escritas, León le prende fuego a toda su obra:

> En volutas subían los trenes, los amantes, los presidentes muertos, polvo de su polvo, guacamayas sobre el río, polvo fino de ceniza que volvería a caer sobre los árboles y a posarse un instante en el follaje, en espera de que la primera lluvia volviera a arrastrarlos otra vez hacia la tierra, llevándolos de nuevo a las raíces de icacos y pomares que florecerían de nuevo después de volver a morir, y aparecer, y morir, y aparecer de nuevo. (p. 256)

La novela termina con una escena dos meses después de la hoguera que León hizo con su labor de historiador. Una noche lo despierta "un olor inconfundible a menta y eucaliptos", inconfundible porque es el olor de Josefina. Esto basta para saber que la vieja ha muerto:

> La muerte de los ancianos no nos causa dolor sino tristeza. El olor a menta y eucaliptos, única experiencia sobrenatural en toda su existencia, se sostuvo en el aire por un rato y después se adelgazó también hasta morir.
>
> –Y vino a despedirse –dijo el abogado. (p. 257)

Está claro que el pasado se pierde irremediablemente, y que el intento de León por captarlo ha sido incompleto y en últimas inútil. Lección que se remata con la muerte de quien fue la última testigo de los sucesos que León tanto ha buscado.

Joel Streicker